

DOCUMENTOS

Presentamos en esta sección algunos testimonios de humanistas contemporáneos que, con variados enfoques, plantean, abierta o implícitamente, el problema de la validez de las disciplinas clásicas y de las lenguas antiguas (latín, griego) en las que se expresan los documentos que éstas estudian, y de los azares por los que pasa su supervivencia en los planes de estudios y en los medios académicos.

Esta es una vieja polémica que cada generación reaviva, a partir del Positivismo y del desarrollo de las ciencias físicas, biológicas y sociales. Claro que nadie sería tan obtuso como para negar la validez *per se* del arte o el pensamiento de Homero, Platón o Sófocles, de Cicerón, Virgilio u Horacio. En general, las objeciones comienzan cuando se discute el método adecuado para que se establezca un contacto vivo y productivo con ese tesoro artístico e ideológico. Entonces los planteos asumen un aspecto más bien crematístico: si un alumno dispone de 48 horas semanales, ¿a qué conviene que dedique sus esfuerzos? ¿Pueden reclamar las disciplinas clásicas y las lenguas correspondientes un lugar junto a las materias que parecen atender a urgencias más perentorias? Aquí los problemas se abren en abanico. En esta breve introducción no pretendemos abarcarlos todos, sino dejar algunas pistas para posteriores desarrollos: por un lado, habría que decidir si quien no estudia humanidades puede prescindir totalmente de una visión humanística del hombre y de su historia que incluya algún contacto original con el mundo clásico y decretar que un médico o un ingeniero o un abogado (*pace ratiocinatorum*) es un ser humano completo aunque se lo deforme de entrada en el sentido de la especialización. Luego, habría que plantear el problema en el terreno específico de las humanidades, y más concretamente en las Facultades que además de las disciplinas tradicionales incluyen otras que genéricamente se denominan Ciencias del Hombre: ¿conviene o no que un sociólogo, un antropólogo o un lingüista tengan una formación clásica básica, no digamos para leer a un Levy-Strauss o a

un Benveniste o a un Saussure, que sí la tenían, sino para llegar a una visión equilibrada y fecunda de su propio dominio de pensamiento?

En todo caso, y dejando también este problema para examen posterior, la pregunta más grave sería la siguiente: ¿no debe una Facultad de Humanidades ofrecer un ámbito de trabajo y asignar recursos a quienes optan por poner el centro de gravedad de sus preocupaciones en el estudio de las disciplinas clásicas? No quiero decir que hasta ahora no lo haya hecho, y, en verdad, lo mejor posible. Pero como estos cuestionamientos son "hard to die" y renacen de sus propias cenizas, me parece que no es inoportuno, sino muy oportuno, replantear siempre las réplicas, que también son viejas: sólo un espejismo hace que una estadística parezca más real que una bucólica de Virgilio, o una transitoria moda estilística más elocuente y sólida que un pequeño "aforismo" de tres o cuatro palabras de Heráclito o unos versos de Empédocles. Y yendo a un campo más específico, y quizás en nuestro caso el más polémico, a quien desee adquirir un conocimiento bueno y sólido de las literaturas, la filosofía, la historia o la lingüística, ¿se le puede vedar el acceso directo a todo lo creado antes, y a veces después, de —digamos utilizando una fecha convencional— 1453?

Ya se ve cuántos problemas dejamos en el camino y qué dura polémica humana, y en el fondo axiológica, asoma por detrás de estas reflexiones, que deben ser forzosamente precarias y sesgadas. Las disciplinas "terapéuticas" de los males sociales, ¿realmente "salvan"? ¿Qué clase de "salvación" aportan? ¿De qué manera quiere y puede ser "salvado" cada uno, y de qué?

A algunas de estas preguntas responde el artículo de Antonio Gala, aparecido en "El País" de Madrid el 29 de marzo de 1987. Gala es un dramaturgo famoso, que no necesita presentación. Aquí transcribimos su apasionada respuesta a un americano, Tobías, válida en verdad para cualquier país, como él mismo aclara.

El segundo trabajo apareció en una efímera publicación estudiantil de Barcelona. Lo recogemos con la ilusión de que no se pierda. Y por dos motivos: primero, porque viene de un querido colega y amigo, uno de los argentinos del éxodo desesperanzado, que creo que ya no recuperaremos: Jorge Binaghi, auténtico, problemático, agitado

siempre por problemas que a todos nos conmueven. Y en segundo lugar, porque plantea un problema profundo e importante, el de la relación entre historia y literatura, en una época que ha buscado síntesis felices de ambos dominios en obras eximias como las de Yourcenar, Warner, Wilder o Graves. La historia, si no se hubiera empecinado por el engañoso camino de la "ciencia", quizá nunca se hubiera alejado del todo de ese campo de la imaginación desde el que se metamorfosea en literatura.

Y finalmente, transcribimos un artículo aparecido en "El Independiente" de Madrid el 29 de marzo de 1990. Lo escribió Rodríguez Adrados, vastamente conocido en el ambiente filológico internacional y el especialista de más peso en el ámbito hispanoparlante. Aquí lo conocemos por sus varias visitas a nuestro país y por la generosa disposición con que benefició a nuestro Instituto con el obsequio de importante bibliografía especializada. Rodríguez Adrados es un formidable batallador y promotor de empresas culturales, y se pronunció en varias oportunidades sobre la situación de los estudios clásicos en España, a raíz de los proyectos de reforma de la legislación educacional vigente. Claro que allí, y en otros países como Italia, la discusión se refiere a la suerte de las lenguas clásicas en el nivel secundario, mientras que entre nosotros los sucesivos cambios de planes vienen acotando o agrandando en demasía, en algunos casos, el ámbito de cultivo de nuestro campo en el nivel en que casi exclusivamente se enseñan las lenguas clásicas: la Universidad.

En entregas sucesivas iremos ampliando estas reflexiones y proporcionando enfoques que abarquen un cuadro más amplio y nos permitan asomarnos al estado de la disciplina en otros países.

EDUARDO J. PRIETO